

crificado María la suya mil veces por la misma. Como no pudo morir con su Hijo, continuó su obra, y permaneció con los apóstoles para guiarles, sostenerles y hacerles triunfar.

La Iglesia naciente dió sus primeros pasos bajo la mirada protectora de María, y después, al través de los siglos, no ha cesado esta esposa de Jesucristo de buscar el mismo apoyo. No dudemos, hermanos míos, de que si la barca que lleva su esperanza tan á menudo combatida, ha sobrevivido á todas las tempestades desencadenadas contra ella, es porque al lado de Jesús está otro piloto que la ha guiado al través de los escollos: este piloto es María.

El amor de la Santísima Virgen por la fe, y el apoyo que la presta en los momentos de grandes crisis, no es de admirar; es porque continúa la obra que comenzó quebrantando con el calcañal de su pie virginal la cabeza del príncipe de la mentira. Su objeto primordial es vencer el error, y hoy que el error, ya bajo el nombre de ateísmo, ya bajo el de racionalismo, se presenta tan erguido que se envanece de estar en vísperas de ocupar el lugar de la verdad, es preciso que reciba un nuevo desengaño para que vea el mundo como en otro tiempo, que sus locas pretensiones caen en el fango.

Oh María, patrona de la fe, toma nuestro estandarte, y quieran ó no, todavía dirá la fe en toda la República: Señora, ruega por nosotros.—Así SEA.

VIDA INTERIOR Y CONTEMPLATIVA DE
MARIA EN NAZARETH

—
DIA VEINTIDOS

—
ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

- Dilectus meus mihi et ego illi.
Cant., II, 16.
- Lava ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.
Ibid., 6.
- Ego dormio et cor meum vigilat.
Id., V, 2.
- Apprehendam te et ducam in domum, ibi me docebis.
Id., VIII, 2.
- Sicut malus inter ligna sylvarum, sic dilectus meus inter filios, sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.
Id., II, 3.
- Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem; fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo.
Ibid., 4-5

Domine qui habes omnium scientiam, tu scis quia nunquam lætata sit ancilla tua nisi in te, Domine Deus.

Esther, XIV, 15.

Ad te, Domine, oculos meos dirigo, tu scis quia mundam servavi animam meam ab omni concupiscentia.

Tob., III, 16.

Exultavit cor meum in Domino, et dilatatum est os meum, quia lætata sum in salutari tuo!

I. Reg., II, 1.

Indue te decore sempiternæ gloriæ. Deus enim ostendet splendorem suum in te.

Baruch, V, 1.

Quid enim mihi est in cælo, et a te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.

Psal., LXXII, 24.

Mihi aatem adhærere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam.

Ibid., 27.

Mulierem fortem quis inveniet? Procul et de ultimis finibus pretium ejus. Conflit in ea cor viri sui: reddet ei bonum et non malum omnibus diebus vitæ suæ.

Prov., XXXI, 10.

Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata: fundamenta æterna supra petram solidam, mandata Dei in corde mulieris sanctæ.

Eccli., XXVI, 19, 24.

Omnia quæ locuta es, vera sunt, et non est in sermonibus tuis ulla reprehensio: nunc ergo ora pro nobis, quoniam mulier sancta es, et tinens Deum.

Judith, VIII, 28.

In ancilla sua adimplevit Dominus misericordiam suam.

Il., XIII, 18.

Erat hæc in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominum valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.

Id., VIII, 8.

Considerabit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedid.

Prov., XXXI, 2.

Hospites recepit, sanctorum pedes lavit, tribulationem patientibus subministravit, omne opus bonum consecuta est.

I. Timoth., V, 10.

Habitavit arca Domini in domo Obedom Gethi: et benedixit Dominus Obedom et omnem domum ejus propter arcam Dei.

II. Reg., VI, 11.

Gaudebit super te Dominus in lætitia, silebit in dilectione sua: exultabit super te in laude.

Soph., III, 17.

Et descendit cum eis et venit Nazareth: et erat subditus illis, et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo, et Jesus proficiebat sapientia et ætate et gratia apud Deum et homines.

Luc., II, 51.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Y vino á Nazareth y estaba sujeto á ellos. ¿Podía hacer algo mejor el dueño de todas las virtudes que cumplir con los deberes de un buen hijo con respecto á sus padres? No debe causarnos admiración verle obedecer á su Padre, puesto que depende de su madre. No significa esta sumisión debilidad, sino que es hija del amor filial. En vano sale la pérfida serpiente de sus sombrías cavernas; en vano enseña su dardo y nos amenaza con hincar en nosotros sus venenosos dientes. Como el Hijo se llama el enviado, el hereje enemigo declara que el Padre es más grande que el Hijo para disminuir de este modo la perfección del Hijo, porque si así fuese, tendría sobre sí uno que fuese más que Él y de este modo se creería el demonio con derecho para decir que el poder del enviado es

incompleto. ¿Debemos deducir al verle sujeto á la madre que necesitaba del auxilio humano? (*Ambros., 1. 2. in c. 2. Luc.*)

II. ¡Cuán grandes fueron las delicias que derramó el Señor en el alma de la bienaventurada Virgen cuando el Espíritu Santo penetró en ella, la cubrió con su sombra la virtud del Altísimo y concibió por obra del Espíritu Santo! ¡Cómo debía dilatarse su alma hacia el cielo cuando la visitó la sabiduría de Dios para tomar cuerpo en su seno virginal! (*Anselm. hon. 9. in Luc.*)

III. Tenía presentes en su memoria las palabras de los ángeles, de los pastores y de los magos, y sobre todo, las de su Hijo y las meditaba en su corazón. Nadie sintió como ella que el Señor estaba en ella, porque estaba embriagada de los bienes cuyo manantial está en la casa de Dios, y se halla harta del torrente de los deleites divinos. No podía ser de otro modo, puesto que tenía en su seno la fuente de vida de la que nos vienen todos los bienes de la tierra y del cielo. (*Id. Ibid.*)

IV. Tened siempre presente la virginidad y la vida toda de la Santísima Virgen, en la que brilla como un espejo la castidad con todas sus riquezas y la virtud adornada con todos sus encantos. Este es el mejor modelo para vivir santamente, modelo que os enseñará lo que debéis moderar en vosotras, así como lo que debéis evitar y corregir. (*Ambr. de Virgin. 1, 2.*)

V. Era virgen no solamente del cuerpo, sino del corazón, que estaba libre de todo mal pensamiento que pudiese alterar la pureza de su alma. Era de corazón humilde, modesta en sus discursos, casta en sus pensamientos, reservada en sus palabras y se aplicaba incesantemente al estudio de los Libros santos, no le gustaban las riquezas que perecen y se complacía dando limosnas á los pobres. Trabaja con empeño en las faenas domésticas y huyendo inútiles conversaciones, buscaba siempre, no las miradas

de los hombres, sino la compañía de Dios. Jamás murmuró de nadie, á todos quería y con todos era amable y muy especialmente con las personas mayores que ella; nunca se demostró celosa de sus compañeras, se dejaba guiar por la razón y la virtud era su norma. (*Id. Ibid.*)

VI. Ninguna de sus acciones desagradó jamás á sus padres, ni tuvo diferencias con ninguno de los que hablaron con ella; amorosa con los pobres y atenta con los débiles, buscaba la compañía de los que sufrían. Nunca visitó á los hombres, excepto cuando un deber de caridad se lo exigía á los deberes sociales. Todo era en ella modestia y recogimiento y en todos sus movimientos reflejaba su alma. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Soledad, trabajo, oración.

I. Soledad.

Aunque una gracia sobreabundante preservaba á la Santísima Virgen de toda falta, vivía en el retiro y sólo en caso de necesidad se dejaba ver, es decir, cuando así lo exigía la gloria de Dios y el bien espiritual del prójimo. Fuera de esto huía del mundo y vivía en absoluto retiro.

¡Cuán diferentemente obramos nosotros, que huimos de la soledad como de la muerte! La soledad es, efectivamente, una especie de muerte suave para las almas que aman á Dios, pero insoportable para los mundanos. ¿Sabéis por qué es tan insoportable? Porque es incompatible con el deseo de agradar, de ostentar nuestro talento ó nuestra hermosura, de alimentar nuestro orgullo, y además, porque la soledad nos pone cara á cara con nosotros mismos, y como nuestra alma nos echa continuamente en

cara nuestros defectos, procuramos huir de nosotros mismos y divagarnos con el mundo.

II. El trabajo.

Aunque descendiente de la familia real de David, María era pobre y se veía obligada á ganar el pan con el sudor de su rostro. Jesús y San José trabajaban también con sus propias manos. ¡Qué espectáculo tan hermoso presenta la Sacra Familia en Nazareth! Huyamos la ociosidad y no nos quejemos jamás de la necesidad que tenemos de trabajar para alimentarnos.

III. La oración.

Debemos orar con fervor y orar siempre. María sabía que estaba siempre á su lado su Salvador y su Dios. Con su maternal solicitud suplía los deberes de gratitud y religión que debían tributar los hombres á Dios: pero los hombres no lo conocían.

Oración llena de admiración. La admiración es una ignorancia sumisa que, contenta con que se le muestren las grandezas de Dios, no quiere saber más, y engolfada en la incomprendibilidad de los misterios, se medita con arrobo interior, y se dispone y prepara, para ver ó no ver. Esta admiración es un amor.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. ¡Qué fué la vida entera de la Virgen sino una contemplación incesante y continuada, un fervor sin interrupción y un incendio espiritual sin límite? No veo que hayáis obrado grandes milagros ni numerosos prodigios, oh Virgen santísima. Tampoco dice el Evangelio que hayáis emprendido grandes peregrinaciones, ni hecho grandes limosnas, porque poco era lo que podíais dar. Tampoco nos dice que hayáis curado á muchos enfermos ni rescatado á cautivos; ni que hayáis edificado grandiosos templos ni fundado obras piadosas. Conservaba en su corazón todas las palabras de su Hijo, dice el Evangelio.—(Santo Tomás de Villanueva, *serm. cuarto sobre la Asunción de la Santísima Virgen*).

II. Debemos meditar en la alianza particular que contrajo María con Jesucristo. De ella deduce el elocuente San Eugenio en la segunda homilía lo que compuso sobre la Natividad de Nuestro Señor. Regocijándose con María de que hubiera concebido al Salvador en sus entrañas, le dirige estas palabras: "¡Cuán feliz sois, oh Madre incomparable, puesto que sois la primera en recibir al que ha sido prometido á todos los hombres, y poseéis vos sola todo el gozo común de la tierra!" ¿Qué quiere significar con esto el santo obispo? Si Jesucristo es un bien común, si sus misterios pertenecen á todo el mundo, ¿cómo podrá la Virgen ser la única que lo posea? Su muerte es el sacrificio público, su sangre es el precio de todos los pecados, su predicación instruye á todos los pueblos, y lo que demuestra claramente que es el bien común del universo, es que apenas acaba de nacer el divino Niño cuando los ángeles llaman á los judíos y los astros á los gentiles. Todo el mundo tiene el derecho de poseer al Hijo de Dios, porque su bondad nos le da á todos. Sin embargo, en esta libertad general, María goza del derecho particular de poseerle sola, porque le posee como Hijo. Ninguna otra criatura puede participar de este título. Solamente Dios y María pueden tener por Hijo al Salvador, y por esta alianza se da Jesucristo de tal modo á María, que bien puede decirse que el tesoro común de todos, viene á ser su tesoro particular.—*Sola possides.*—(Bossuet, *serm. sobre la Concep. de la Sma. Virgen*).

III. Esta época perdida para el mundo, fué sin duda aquella en que pasó la santa Virgen sus más serenos días; porque la vida no es más feliz cuando corre con estruendo cual un torrente de invierno, sino cuando semeja á una corriente silenciosa que se desliza en plateados hilos por entre la yerba de las praderas. María, privada de todos los goces del lujo y de todas las dulzuras del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para El, estudiando sus inclinaciones, mirándolo á todas horas, ofreciéndose á El como primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la más humilde, la más dócil de sus discípulas, y sometiendo su razón perfeccionada ante la razón superior y la divinidad de su Hijo, María debió ser entonces la más feliz de las madres. Si alguna vez, mientras que Jesús le revelaba el sentido más profundo de las profecías, encontraba algún pasaje en que se hablase de tormentos venideros, una sombría nube se extendía sobre la casta frente de la Virgen; mas muy pronto volvía á serenarse su dulce y agraciado semblante. La tempestad estaba todavía lejana, y su barquilla estaba amarrada en una bahía tranquila. ¡Su hijo estaba allí! y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¡Cuanto se afanaba en servir á su Hijo! ¡Con qué placer velaba noches enteras hilando, tejiendo sus túnicas de trabajo y sus vestidos de fiesta, esó ropaje sin costuras, obra maestra de habilidad y de paciencia, que más tarde! ¡Ah! mas entonces el Señor no había consagrado aun á su Cristo sino con aceite de alegría. Compañera del Esposo, la prudente Virgen del Evangelio dejaba que el día siguiente se proveyese á el mismo, "y la paz de Dios, que es superior á toda otra idea, animaba su corazón y su espíritu."

Jesús era la perfección misma, el omniscio, el tres veces santo, el Po-

deroso, el sabio por excelencia: como Dios, no podía deber nada á sus criaturas; pero como hombre, le debía algo á María. Ella fué quien le inició desde su más tierna infancia, en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y en sus gustos poéticos y sencillos. En esa dulzura paciente é inalterable que supo el adunar á la energía del legislador y del profeta: en esa compasión misericordiosa que calmaba la indignación del Dios irri-tado, y hacia de El, el hombre-modelo, el Justo entre los justos, el sos-tén del pecador miserable: en esa ternura tan buena, tan cándida para con los niños, á los que le complacía tanto acariciar y bendecir durante su misión divina; en esos mil imperceptibles celajes; en esos mil reflejos semi-absorbidos por los rayos de viva luz que alumbran la vida mortal de Je-sucristo, se observa la influencia maternal de María. Así es como el cielo se perfuma gozoso con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Es indudable que Jesús devolvió á la Virgen ternera por ternera, y cui-dados por cuidados: una mujer de tan noble sangre y de tan elevado co-razón, debía ser acatada por todos, y especialmente por un Hijo, por cuyo amor se había impuesto, en la primavera de su vida, tantas privaciones, tantos trabajos y sacrificios. Aquél que lleva cuenta en el cielo hasta de un simple vaso de agua fría dado en su nombre, debió guardar con el ma-yor cariño, el recuerdo de las obligaciones que le ligaban á María; y si ob-servamos en el Evangelio que le hablaba menos veces á su divina Madre como hijo que como Señor, es porque se aislaba entonces de toda afección terrestre para glorificar mejor á su Padre; cuyo interés colocaba siempre en primer lugar. La Virgen conocía demasiado la sagrada misión de su Hijo para extrañar que sus palabras fuesen alguna vez severas: aguarda-ba siempre á que ocupase el lugar del legislador el joven de Galilea que había amamantado á sus pechos, y nunca tardaba en ver lograda aquella transformación: la naturaleza humana concedida desde luego lo que ha-bía rehusado la naturaleza divina.—(Orsini, *La Virgen*).

IV. Comparado con las delicias de la Santa Casa durante los diez y ocho años de la vida oculta de Jesús, apenas sombras son de ellas las de aquel paraíso terrenal plantado por las manos del mismo Dios, y adonde bajaba, al levantarse el aura vespertina, para conversar con sus criaturas aun no degeneradas. Imposible, formarnos idea de los misterios consuma-dos en aquella morada celestial: con ser pocas las palabras habladas allí durante aquellos diez y ocho años, fueron lo que la lengua humana llama-ría innumerables, y aun el silencio era allí puente de gracia: una hora so-la de aquella vida, pesaba más que todo el tiempo en la balanza de los si-glos, porque sólo le era adecuada la eternidad. En aquella aldea, la más escondida quizás de la obscura Galilea, estaba concentrada toda la crea-ción espiritual y material. ¿Por qué así? En los centros de Dios no pue-de penetrar la vista humana.

Mirada por cierto aspecto, María era como el punto central de aquella órbita abreviada de toda la creación; porque si Jesús, era centro para Jo-sé, para María y para las innumerables cortes de ángeles que, maravilla-dos le adoraban, María, ¡oh prodigio admirable! era también centro para

Jesús. Nuestro Señor había bajado á la tierra para redimir al mundo, y sólo treinta y tres años de plazo para esta obra incommensurable. De esos años, doce habían sido dados á María, y durante ellos habíanse prosterna-do ante Jesús unos cuantos pastores, habíanle besado los pies tres reyes del Oriente, Simeón le había tenido en sus brazos, Ana le había bendeci-do, habíanle visto con asombro paganos egipcios, y con indiferencia los moradores de Nazareth; esto es cuanto de Jesús sabía el mundo, para el cual no era sino uno de tantos niños de Galilea. Habíase dado á María durante aquellos doce años que transcurrieron y se acabaron con el más extraño misterio de dolor, cual si fuese para Nuestra Señora una especie de ingreso en alguna región altísima de santidad inefable. A contar des-de aquel misterio, comienza un período de diez y ocho años, durante los cuales Nuestro Señor parece consagrarse exclusivamente á María y á Jo-sé.—(Faber, *María al pie de la Cruz*, cap. V).

V. Obedeciendo á la voz de un hombre, dice Santo Tomás, paróse un día el sol en su carrera: obedeciendo á la voz de María, se paró el Cristo treinta años. *Obediente Deo voci hominis sol stetit: Obediens Christus voci Ma-rie per triginta annos stetit*. A los treinta años, dirá este sol de Justicia que no es llegada su hora de brillar con milagros en las bóvedas de Caná, *Nondum vent hora*; y María le hará adelantar la hora de sus prodigios, como le hizo retardar la de sus enseñanzas.—(Nicolás, *la Virgen*, según el *Evangelio*, cap. XVI).

VI. Ven, orgullo, para que te avergüences, Jesús fué hijo de un car-pintero y carpintero El también, y no se dijo de El que desempeñara nin-gún otro oficio. En su naciente Iglesia se recordaban los arados que cons-truyó y nos hablan de ello los autores más antiguos. Consuélese los que viven de un oficio. Jesucristo es su representante. Aprendan cuando tra-bajen á alabar á Dios, y canten salmos é himnos de alabanza, para imitar así á su divino Maestro. ¿Y tú orgullo, de qué te quejas? ¿De no figurar en el mundo? ¿Cómo figuró en él Jesús? ¿De qué manera vivió María, que era la maravilla del mundo y el espectáculo de Dios y de los ángeles? ¿Aca-so pensaron Jesús y María en encumbrarse? Contempla á este divino carpintero con la sierra y el cepillo en la mano, encalleciendo sus tiernas manos con el manejo de instrumentos toscos y rudos. Gana su vida tra-bajando y bendice en su humillación la voluntad de Dios.—(Bossuet, *ele-vación sobre los misterios*).